

---

---

# GORBEYA

*Publicación aparecida en el fenecido diario bilbaino «Irurak-Bat» el año 1877.*

Respondiendo a sus insistentes deseos, querido y antiguo compañero, y no a un pueril afán de exhibición, voy a enviarle una breve y desaliñada relación de la deliciosa gira que anteayer hicimos, con un día espléndido, excelente humor y muy grata y honrada compañía, a la misma cúspide del macizo de montes de Gorbea. (*Gorbeya*, como pronuncian suave y eufónicamente los aldeanos vascos).

Hechos todos los preparativos con juiciosísima previsión y matemática exactitud por el entendido y activo director de la expedición, señalado el punto de cita, y preparados los guías y los sirvientes de la caravana, al toque de las tres de la madrugada del viernes, partimos los expedicionarios, que salíamos de este establecimiento de Arteaga, a reunirnos con los que debían agregárenos en la vecina villa de Villaro. Una vez junta la caravana, dividióse en dos partes, marchando de vanguardia con un cuarto de hora de avance, los peones y detrás los caballeros y la acémila que conducía las abundantes provisiones.

Arranca la cuesta desde la misma salida de Villaro y no termina sino en la arista de la cumbre de Gorbea propiamente dicho, salvo algunos cortos pasos que se suaviza el declive o está nivelado el suelo.

La pendiente en todo el camino es abrupta, áspera, muy espinada y penosa, a intervalos sumamente angosta y difícil. Más conforme se sube y se empieza a dominar el prodigioso sistema de promontorios que a manera de protuberancias de la capa terráquea se eleva, lo pintoresco, lo grandioso, lo sorprendente del espectáculo, la variedad de los paisajes, los contrastes e ilusiones que los efectos de la luz y de la altura producen, compensan pronto la fatiga y la aspereza de la ascensión.

Ya desde el monte de *Birgun* se descubre un bellísimo panorama, dibujándose con atrevidas líneas enfrente, el airoso y cónico monte de Upo, y viéndose a los pies profundos barrancos ricamente poblados de bosque, y estrechas y sombrías encañadas, que esconden aquí y allá algunos lindos y graciosos caseríos, que parecen a simple vista inaccesibles.

Ascendiendo más y trepando los montes de *Bendisur*, *Irutxela*, *Andramortu*, el panorama se agranda y adquiere otro tono, otras proporciones, diversos efectos, una visión maravillosa.

La niebla adherida a los costados de los montes semeja, desde la altura, ya a la sábana inmensa de un mar en movimiento, con olas y rompientes, ya a la multitud de preciosos lagos, de blanquecina y calmosa superficie. Siéntese ante esta maravilla de la naturaleza una emoción intensa y un deseo vivísimo de gritar admirado y conmovido.

Cuando desde lo alto de *Bendisur* contemplamos por primera vez el efecto de

aquel archipiélago de promontorios, elevándose y destacándose como islas cónicas, en medio de un océano misterioso, todos dimos por bien empleadas las fatigas pasadas y las que nos aguardaban, y nos congratulamos del éxito de la expedición, dando el parabién al autor del pensamiento.

*Keretsakoetxea* y *Elordi-Aurriaga*, son sitios altamente interesantes, ya por las vistas que se dominan desde su considerable altura, ya por su variada, vigorosa y bizarra vegetación, ya por los caprichos que la naturaleza, remedando a un arte exquisito, ha realizado en tales parajes.

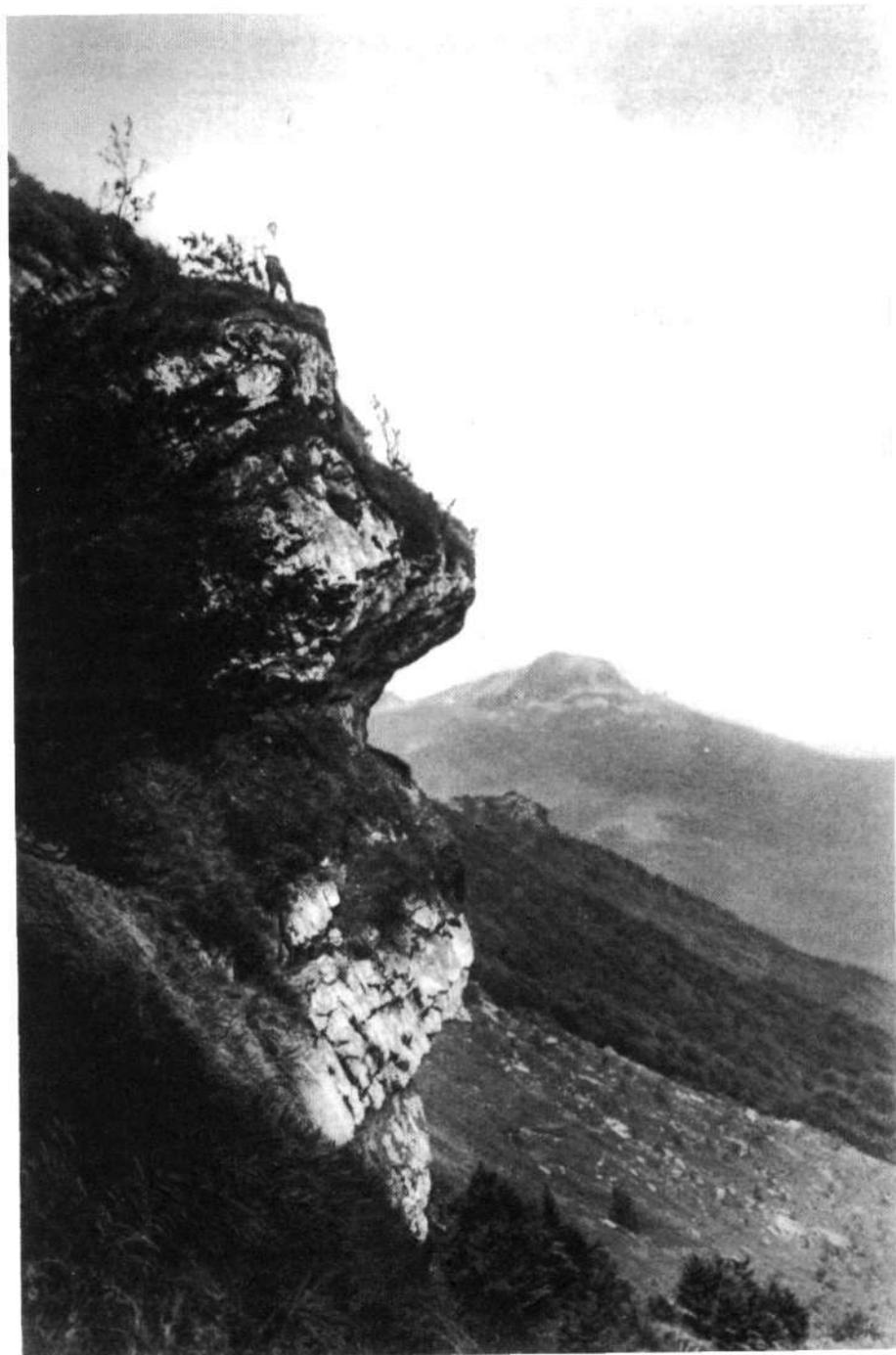
Nada más pintoresco, nada más bello, nada más encantador, y nada a la vez más nuevo e imprevisto que la vegetación y la disposición del terreno en *Elorduy-Iturriaga*.

Cubierto el suelo por una hierba finísima, esmaltado por florecillas de todos colores, formando aquí los enhiestos preciosos ramilletes perfectamente dibujados, y allí las corpulentas hayas y los tejos frondosos, regulares alamedas, este sitio representa exactamente un grandísimo parque inglés con exquisito arte trabajado, con inteligencia y esmero conservado.

Prestan interés y animación a este paraje, numerosos rebaños de pintadas y magníficas vacas, de jugueteros y ágiles novillos, y de asustadizos caballitos salvajes, de prodigiosa carrera.

Ocasionado es a sorpresas y percances poco agradables el atravesar con perros esta campa, así como dá lugar a un espectáculo curioso e inesperado. El ganado que allí vive en libertad, extrañado de la presencia de un animal desconocido y hostil, temiendo que sea un lobo u otra alimaña carnícora, revela ante el perro no solo un extraordinario instinto de conservación, sino las cualidades más notables de vigilancia, unión y estrategia para la defensa, y cariño maternal. Apenas se ven las carreras y se oyen los ladridos del perro, pónese en conmoción toda la cornúpetá grey, y por todos los lados, en todas direcciones, de las espesuras, de los retirados sombríos, acuden rápidas, azoradas, inquietas, multitud de vacas, que, respondiendo al bramido de alarma, se congregan para la defensa común. Y formando poderosa y compacta línea, desarrollada en ancho semicírculo, avanzan sobre el imprudente enemigo, cuyas intenciones pacíficas e inofensivas se revelan muy luego por la presteza y aturdimiento con que emprende la retirada al abrigo de las caballerías y de los hombres.

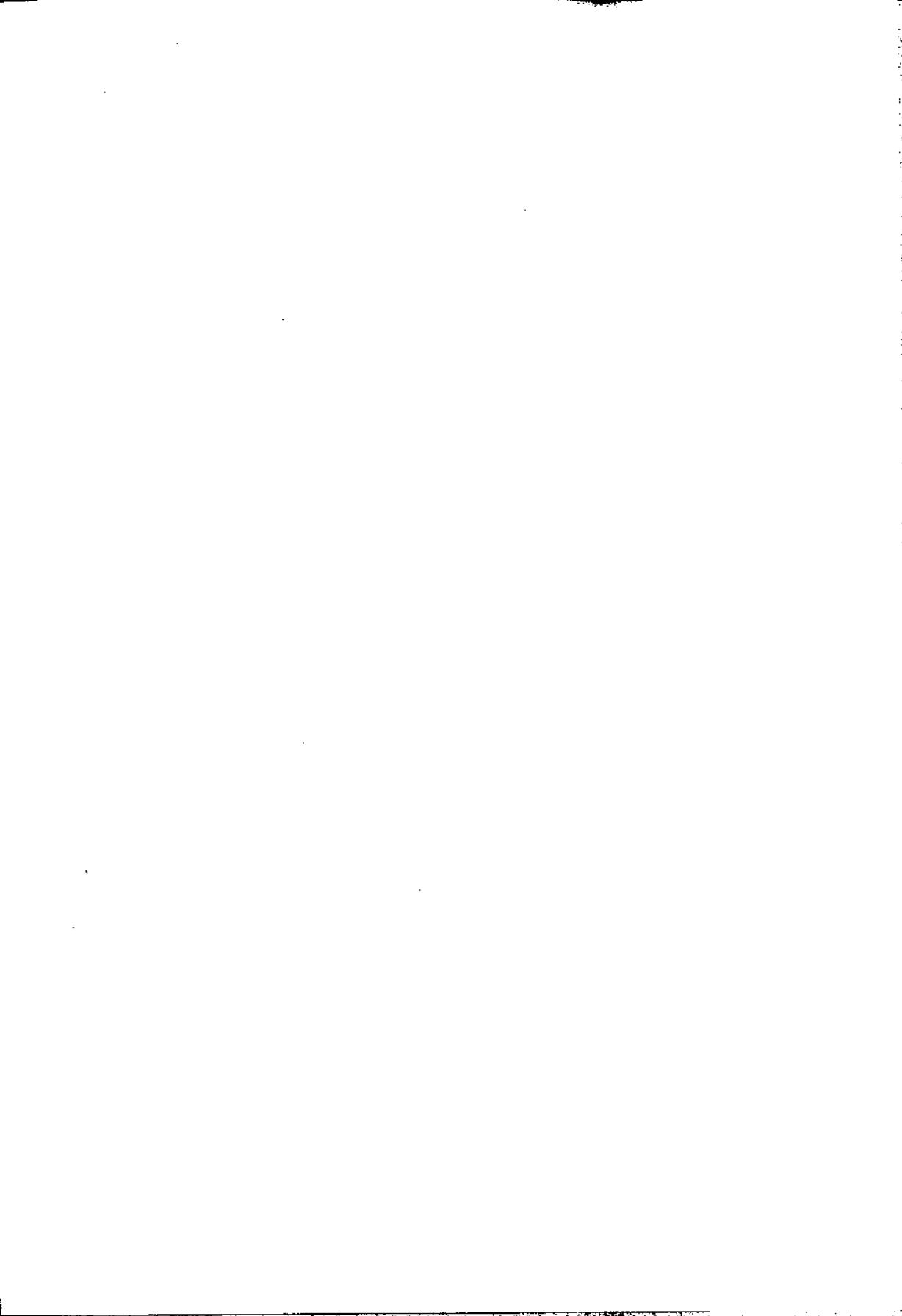
Trepando la cuesta de *Elorduy-Iturriaga*, se contempla de frente el promontorio peñascoso de Lekanda, en el cual existe la misteriosa *cueva superior*, tan nombrada como poco visitada. Por la izquierda de esta eminencia, y franqueando el angosto desfiladero de Aldabe, que corre a una altura vertiginosa, se penetra en la landa inmensa y magnífica de Arraba, en cuyo espacio podría maniobrar un ejército de cien mil hombres, tan ancha es su área. Ceñida de rocas por todas partes, con solo dos o tres entradas practicables hacia el Oeste, parece como que la naturaleza se hubiera complacido en formar un campamento prodigioso para un ejército de gigantes en una edad prehistórica. Colocada ya en la región donde anidan las águilas, la campa de Arraba proporciona pasto a numerosos rebaños de ovejas y de caballos y por el espacio baten sus pesadas alas buitres pardos y blancos, se ciernen en sospechosos círculos los milanos, o demuestran su privilegiado instinto de temor y desconfianza hacia los ataques del hombre los cuervos, tan difíciles de cazar.



Arte — Bilbao

(Fot. Ojanguren)

Paisaje en el Gorbea, al fondo Lekanda



Después de Arraba, se pasa la campa de los pastores llamada *Egiriñao*, donde éstos pasan todo el verano, privados de toda comunicación, trato y recreo, en medio de casi constantes nieblas, mal guarecidos y peor abrigados en pobres chozas hechas de paredes de cantos sueltos y una cubierta de barro.

Desde este punto se emprende una caminata dura y penosa, una ascensión difícil, violenta, tomando a pecho primero la altura de la enhiesta peña de Altamira, y luego la cumbre propiamente dicha de Gorbea. Bien es verdad que la vista magnífica y maravillosa que luego se goza, el sorprendente panorama que se contempla en el horizonte prodigioso que se abre delante de nuestros ojos, alivia la fatiga atroz de esta subida solo propia para rudos y nervudos montañeses.

El golpe de vista desde la cresta de Gorbea es incomparable por su grandiosidad y por su efecto: la distancia a que se alcanza es increíble; la llanada de Alava, la ciudad de Vitoria, los campos de Castilla, Bilbao, el Nervión, las orillas del mar, se divisan sin el auxilio del anteojo.

Siéntese uno allí, en aquella portentosa altura, más libre, más fiero, más atrevido, con más aliento y con más vida, capaz de grandes y excelsos pensamientos y nobles acciones. Allí se aprende por la sensación que sólo se puede hacer algo grande mirando siempre al cielo y marchando por las alturas.

Un frugal almuerzo tomado en la campa de *Egiriñao*, sazonado con el humor más delicioso y la cordialidad más franca, amenizado con sales, agudezas y bromas ingeniosísimas, puso término a la primera parte de la expedición.

A las siete de la mañana llegamos a *Egiriñao*, a las nueve se dominó la cúspide, y a las diez se hallaba de vuelta y reunida en la mencionada campa la caravana, compuesta de catorce personas y siete caballerías.

Durante el almuerzo, un tipo original de campesino, que apareció allí como llovido del cielo, hizo las delicias de los excursionistas. Era una figura típica del montañés vasco; ágil como una cabra, fuerte como un roble, brioso, nervudo, con el pecho poderosamente desarrollado, la cabeza redonda y gruesa, labios pronunciados, mirada viva, enérgica y desconfiada, y tal se nos antojó el personaje, y tan viva representación encontramos en él con lo que fueron o debieron ser los coetáneos de Jaun Zuría, que le dimos en son de broma y familiaridad el nombre de Sancho Moro, nombre del caudillo, real o imaginario que se cuenta tuvieron los vizcaínos en la batalla de Azinas y que dice era de esta tierra.

El fornido *gizon*, más inteligente y socarrón de lo que denotaba su exterior, siguió la broma de buen grado, se dejó querer y trincó de lo lindo en amor y compañía de los negros.

El día se había mantenido sereno, claro, brillante, hasta las once y media de la mañana, a cuya hora la niebla, que había flotado alrededor de altos picos, descendió rápidamente y avanzando con una velocidad increíble, nos envolvió por completo en pocos minutos, de tal manera, que no nos veíamos a la distancia de dos varas.

Ante esta contrariedad, y cumplido, además con la mejor suerte el objeto de la expedición, emprendimos la bajada a la una de la tarde, a través de una niebla extraordinariamente densa, de cuya misteriosa oscuridad no salimos hasta después de haber descendido más de dos horas.

Imposible encuentro de pintar y de expresar las impresiones y el efecto de esta caminata por medio de la niebla. Era el efecto impresionador y fantástico en alto

grado; los cuentos del Norte, las leyendas alemanas, las narraciones de Goizueta, las baladas más melancólicas, los cuentos de hadas y de brujas aflúan a nuestra imaginación mientras caminábamos lentamente, casi a ciegas, por un expuesto y escabroso sendero de cabras, empapados de humedad y viéndonos unos a otros a través del espeso velo de tono aplomado oscuro de la niebla, con formas extrañas y bizarras, con proporciones agrandadas y fantásticas, semejando los jinetes a los espíritus cabalgadores de las tinieblas y los peones a gigantes silenciosos y melancólicos, que desfilaran en una procesión lúgubre, así como podía ser la del *Goëtterdammerung* de Wagner.

No puede formarse idea, sin verlo, del efecto que, sobre todo, hacían los dos perros—muy comunes y pequeños—que acompañaban a los *touristas*. Parecían animales gigantescos, sus siluetas tomaban una forma rara y caprichosa, y sus correrías y movimientos tenían algo como de animales encantados o poseído de un espíritu maligno.

Continuó el descenso sin novedad: con la niebla fué de un efecto indescribible en *Elordy-Isturriaga* la carrera de las vacas, azuzadas por los perros; y sin nuevo incidente, después de tomar un *tente en pie* en la ladera de *Birgun*, desembocamos delante de la iglesia de Villaro, a las siete y media de la tarde, sin haber experimentado el menor disgusto y contratiempo, y continuando hasta lo último el más expansivo buen humor.

No por lo que a sus lectores interesa, sino para memoria, entre nosotros, del graífsimo día que pasamos el viernes 20 de julio, citaré los nombres de los expedicionarios. Han sido éstos los señores D. Martín de Zavala, Diputado a Cortes, D. Manuel Sanchez Guardamino, ex-diputado y ex-senador, D. Camilo de Villabaso, ex-diputado y secretario del Ayuntamiento de esa capital, D. Juan de Ubagón y Arellano, simpático pollo madrileño, D. Valentín de Gorbeña, joven y apreciable ingeniero, que acaba de concluir su carrera con brillantez, y los vecinos de Villaro D. Eugenio de Arocena, abogado y notario, D. Albino Larrazábal, médico titular, el Sr. Bolívar, abogado, y un señor sacerdote. Más dos guías, por cierto seguros y excelentes y cuatro jóvenes para cuidar del escuadrón expedicionario

Ahí tiene Vd. escrita a la buena de Dios la reseña que me ha pedido; ahora haga usted de ella el uso que le plazca.

Uno de los excursionistas.

*Castillo y Elejabeitia, 22 de Julio de 1877.*